¿Sentimos la comunidad como un hogar? Instituto Humanitate

Vivir en comunidad no consiste únicamente en compartir techo, horarios, responsabilidades o una misma misión.

A veces la realidad es que convivimos durante años y, sin embargo, podemos permanecer emocionalmente lejos unos de otros. También puede ocurrir lo contrario, que una comunidad llega a convertirse en un verdadero hogar porque entre sus miembros existen vínculos de confianza, cuidado y pertenencia.

Nos podemos preguntar cómo funciona nuestra comunidad. Quizás la pregunta es más profunda: **¿Cómo nos sentimos dentro de ella?**

Convivir o sentirnos en casa

Si diferenciamos, en una casa se organizan tareas, en un hogar, además, se acoge.

Está claro que en la vida consagrada necesitamos normas, responsabilidades, horarios y estructuras, para sostener la vida común. Pero esto no es suficiente para que una persona se sienta escuchada, valorada o querida.

Definimos nuestras comunidades como una fraternidad. Pues ésta, se expresa con esos pequeños gestos que muchas veces pasan desapercibidos: interesarnos por quien está preocupado, percibir el cansancio de una hermana, saber escuchar sin apresurarnos a aconsejar, celebrar la alegría de otro o aprender a convivir con sus fragilidades.

¿Las personas que viven conmigo sienten que esta comunidad es también su casa? ¿Pueden mostrar lo que sienten sin miedo a ser juzgadas? ¿Sabemos acompañarnos cuando aparecen la tristeza, el cansancio, la frustración o la vulnerabilidad?

No pretendemos idealizar la vida comunitaria, precisamente porque convivimos con personas diferentes y limitadas. Pero es posible construir un hogar fraterno, donde nuestra mirada es capaz de reconocer al otro como hermano o hermana.

Las casas donde Jesús se dejó encontrar

Es significativo que el Evangelio esté lleno de casas. Jesús entra en ellas, comparte la mesa, conversa, escucha, descansa, cura, enseña y permite también que otros cuiden de Él. No todo sucede en el templo ni ante grandes multitudes. Es destacable que buena parte de su vida pública transcurre alrededor de una mesa y en espacios cotidianos.

El otro hecho es que Jesús no solo acoge, también se deja acoger.

Esta actitud puede interpelarnos especialmente en la vida comunitaria. Estamos acostumbrados a servir, acompañar, sostener y responder a las necesidades de otros. Pero vivir fraternalmente implica también aceptar nuestra propia necesidad de los demás, permitir que alguien nos conozca, nos acompañe y nos cuide.

Ojalá que pudiéramos decir: «Aquí no necesito demostrar constantemente que estoy bien. Aquí puedo ser yo, también cuando estoy cansado, vulnerable o necesito ayuda».

¿Qué efectos estamos construyendo?

Toda comunidad genera un clima afectivo, aunque no seamos conscientes.

A veces predominan la confianza y la espontaneidad; otras donde se aprende poco a poco a protegerse, callar determinadas cosas o evitar ciertos conflictos. Y muchas veces vivimos una mezcla de cercanía, afectos, desencuentros y reconciliaciones.

Por eso merece la pena preguntarnos qué vínculos estamos cultivando.

¿Sabemos agradecer? ¿Pedimos perdón? ¿Podemos expresar afecto? ¿Nos interesamos por lo que vive el otro más allá de las tareas que realiza? ¿Hay espacio para conversar sin agenda? ¿Qué hacemos cuando alguien se siente solo dentro de la propia comunidad?

No existen comunidades perfectas. El Evangelio tampoco nos propone una fraternidad sin conflictos, pero espera algo más real y exigente: aprender continuamente a reconocernos como hermanos y hermanas.

¿Qué tendría que cambiar en nuestra manera de relacionarnos para que nuestra comunidad se pareciera un poco más a un hogar?